

PROPAGANDA

BIBLIOTECA FEMENINA
DE
LA NOVELA FILM

A CIUDAD ETERNA

por BARBARA LA MARR, LIONEL BARRYMORE, BERT LYTELL, etc.



Nº 100

50
CTS.

BIBLIOTECA FEMENINA

DE

LA NOVELA FILM

Calle de Lauria, núm. 96 - BARCELONA

La Ciudad Eterna

(THE ETERNAL CITY, 1923)

Superproducción de asunto
altamente sugestivo, inimi-
tablemente interpretada
por los famosos "stars"

BÁRBARA LA MARR
LIONEL BARRYMORE
BERT LYTELL, y otros

RICHARD BENNETT



Imp. VICTORIN, Vial 7 - BARCELONA

Prohibida la
reproducción

*Revisado por la
censura gubernativa*

La Ciudad Eterna

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Roma, madre de la cultura latina, siempre ennobleció su historia política con aventuras de amor. Por una belleza cayeron césares, cónsules y dinastías. La cinematografía, al recoger el actual agitado momento de la vida italiana, evocando la tradición, crea una página pasional en la que guerrean noblemente los elementos en lucha por la hegemonía de Italia. No vean espíritu sectario en estas escenas. Son una continuación de las luchas épicas que pusieron al Imperio Romano a la cabeza del mundo.

las gradas de la santa mansión, dando, además, a cada uno de ellos, sabios consejos.

Bruno, que era agradecido, bendijo al noble varón.

—Buena moneda! ¡Por qué no serán así los guijos de los arroyos! ¡Salud, padre... y hasta que la suerte nos vuelva a traer a este chiquillo y a mí al atrio de la Madona!

Alejáronse los vagabundos, haciéndolo en último lugar el dicharachero Bruno empujando cariñosamente a su ahijado.

En la plazoleta del santuario, encontré Bruno con una mujer que cegaba, sólo al mirarla, con sus ojos negros. Acababan el mendigo y David de refrescarse el rostro en el agua de una fuente de amplia taza, cuando apareció la gentil italiana, con un cántaro en un hombro, como la dulce samaritana.

Bruno se acercó a ella, humedeciéndose los labios para que sus palabras brotasen de ellos con más fluidez, y a guisa de trovador errante hizo un elogio a la bella desconocida.

—¡Estoy esperando que me sonría una mujer así para mercar un palacio mejor que el del Santo Padre!

Graciosa y sencilla, la mujer mostrése contenta. Y Bruno alargó sus alas para mejor volar.

—¡Me gusta usted más que las salchichas de Bolonia!

—¡Qué ocurrencia!

Año de 1901. Cuando al comenzar el siglo XX nadie creía en la posibilidad de una guerra devoradora de naciones, la vida era apacible en los caseríos que pueblan las colinas cercanas a Roma.

A la puerta del santuario de la Madona de las Rosas, donde se practicaba la virtud de la caridad, hallábase, cierta mañana, el vagabundo Bruno, hombre popular entre los de su clase, y bastante joven. Era músico, holgazán y dormilón, no tenía más patrimonio que el polvo de los caminos, y no ambicionaba más que comer con poco trabajo con su hijo adoptivo, el golfillo David, un muchacho vivaracho en quien el pordiosero había cifrado todas sus ilusiones.

El párroco del venerado santuario repartió su óbolo entre los menesterosos que en súplicas de él acudían a

El pírepo de chareutería se lo había sugerido a Bruno la visión, en un cesto de la desconocida, de un rosario de morcillas. Desde ese descubrimiento, los ojos del caminante no se apartaban del "botín" que trataba de apropiarse.

David comprendió, por una seña de su padre adoptivo, que el "rosario" le obsesionaba, y como era fácil burlarlo, así lo hizo, desapareciendo en un recodo de la plazoleta.

Bruno, consumado el hurto, se dió prisa en despedirse de su exquisita interlocutora, y le ayudó a cargar la cesta, sin que ella se apereñiera de la sustracción operada por David, ni de la que, en sus propias narices, le hacía Bruno en aquel momento, esta última consistente en una botella de buen vino.

Más tarde, los "héroes" de aquella aventura, dieron "cuenta" de las sabrosas "cuentas" del rosario de maras.

A la sombra del viejo acueducto romano crecía una muñeca cuyo destino estaba escrito con los más dolorosos caracteres de los presagios.

El párroco del santuario de la Madona de las Rosas era amigo del único pariente de la niña, y ésta, cierta tarde, díjole ingenuamente, a solas con él en el patio de la vieja casa:

—Usted que es tan amigo de mi tío, dígame que me compre un nene para jugar.

El sacerdote sabía que la muchacha no era dichosa, y murmuró, compadeciéndola:

—Tu tío está loco. Te llama Roma y quiere que seas como la gran ciudad: bella, única, sola.

El tío de Roma salió de su casa en aquel momento, reuniéndose con el cura y su sobrinita.

Era, aquél, el doctor Roselli, un hombre de rostro curtido por los años, de aspecto algo rudo pero detrás del cual se adivinaba un alma mansa, llena de ideas de fraternidad internacional: su ideal.

Saludóle el clérigo, y preguntóle por sus trabajos, que tanto reclamaban su atención.

Estoy dando cima a una obra que canta la desaparición de las fronteras. Yo y mis amigos vamos a terminar el peligro de las guerras.

Sonrió el buen párroco, y censuró al pacifista el que, en medio de su gran amor por la humanidad entera, se olvidase excesivamente de sí mismo, de su pequeña sobrina.

—Mucho ocuparse de los hombres y poco pensar en la niña.

—No creo que Roma tenga queja de mí.

—¡Quién sabe, Roselli! Y le aconsejo a usted que le dedique algunos buenos momentos... que se transforme en niño para jugar con ella.

A pocos metros de allí, Bruno hacía las delicias de los curiosos con su buen humor.

—¿Quién me compra la alegría? Por un vaso de vino una canción de amor.

Entretanto, David, juntándose con unos muchachos que guerrearán en la calle, los desconcertaba a todos, partidarios y contrarios, con su bravura, agitando el pabellón nacional, improvisado con unos trapos deshilados atados a una caña.

La pelea de los diablillos levantó más polvo que el que habría dejado a su paso un cañón. Las piedras del arroyo volaban sobre las cabezas de los combatientes... y de los transeúntes que se aventuraron en el lugar de la lucha.

David fué herido en la frente, pero no abandonó su puesto.

Hasta la casa del doctor Roselli llegó el rumor de la guerra infantil, y el párroco se lanzó a poner fin a aquella terrible cuestión que adquiría caracteres de auténtica batalla.

Roma siguió al sacerdote, y a poco regresaron los dos con David, estrechando el niño contra su pecho la insignia conservada a costa de grandes sacrificios.

—¿Por qué os peleabais de ese modo? preguntó el cura.

—Yo defendía a mi patria!—contestó el niño en forma sublime.

El sacerdote y el pacifista cambiaron una elocuente mirada, y Roma, sonriendo, llamó a sí a David:

—¡Héroe!... Ven a que te limpie la cara.

Bruno tuvo conocimiento de que su ahijado había sido herido, y como unos niños le indicaron que se hallaba en casa del doctor Roselli, llegó allí en el momento en que Roma, con su pañuelito, le limpiaba el rostro, manchado de hilillos de sangre en la parte de la herida, que no era lo importante que hubiera podido ser.

—¡David! ¡David! exclamó Bruno, asustado.

El héroe se separó de su amiguita y echóse a los brazos de su padre adoptivo, quedando enlazados un buen momento.

Pasada la emoción, Bruno recobró su buen humor, y comentó, admirado de su pequeño David:

—¡Este va a salir más valiente que Garibaldi!

—¿Es tu hijo?—inquirió del vagabundo el doctor Roselli.

No tal. Es como yo: un hijo de nadie... Nos unió una noche de hambre y de frío en el asilo agradable del arco de un puente... Ni padre, ni madre... El y su inocencia me han alejado de las malas acciones. Temo más una mirada suya que un sablazo de la gendarmería.

El párroco tuvo entonces una idea luminosa, que dió a entender al pacifista. ¿Por qué no adoptar a David? El sería la compañía soñada de Roma.

El doctor Roselli mostróse interiormente de acuerdo

con la obra de caridad que le proponía el cura, y preguntó al niño si le gustaría quedarse a vivir con ellos.

Ni David ni Bruno estaban dispuestos a separarse, pero el segundo, reconociendo que a su lado, en su errante viajar, el niño no sería nunca nada, decidió renunciar a él en aras del cariño paternal que le profesaba, y le dijo:

—Sí, David, hijo mío. Quédate con esta buena gente, que te querrá mucho. No verás tanto mundo como a mi lado, pero comerás tres veces al día. ¡Adiós, angelillo de mis andanzas! ¡No olvides a tu bohemio protector!

Y Bruno no podía contener en el borde de sus pícaras ojos las lágrimas de su dolor.

Ya iba a marcharse el vagabundo camino de lo desconocido, mirando y volviendo a mirar una vez, y cien veces también, a David, cuando, a consecuencia de un cambio de opiniones entre el doctor Roselli y el cura, se sintió llamar.

—Oye... oye... Para ti también puede haber albergue en esta casa... si quieres trabajar en las viñas.

—¡Encantado, señor!

—Pues, no te muevas. Aquí encontraréis tú y tu ahijado, paz, trabajo y afecto.

Bruno y David saltaron de gozo, y el primero, levantando en alto al segundo hasta donde alcanzaban sus brazos, le sacudió de alegría, al tiempo que comentaba:

—¡David, el mundo anda al revés!... ¡En vez de pegarme un puntapié, van a hacer de ti un hombre y a mí me convierten en guardián del vino en píldoras!

Roma reclamó para sí a David, con el que había simpatizado mucho, y Bruno, al corriente de su obligación, se presentó a la cocinera, que mondaba legumbres al pie de la casa, y, asustándola con su brusca aparición por detrás, le dijo, de una manera que no admitía réplica:

—¡Señora, desde hoy quiero parte en las sobras!

El buen humor y la felicidad de Roma habían entrado, tomando posesión de ella, en la casa del pacifista doctor Roselli, congratulándose muy mucho de ello el cariñoso párroco del santuario de la Madona de las Rosas.

II

Los años se deslizaron inadvertidos en el eclógico rincón.

David se había transformado en un hombre, y Roma era una mujer de singular belleza.

El cariño de los muchachos se convirtió en dulce tiranía, y su ideal era el de que sus vidas se juntasen.

El doctor Roselli tenía en David su más ferviente alumno, y en él veía al continuador lleno de fe de su obra.

Roma sentía intensa vocación por la escultura, y su primer acierto, cuando ya se sintió capaz de crear, se lo dedicó a David, esculpiendo su busto.

Y así, todas las mañanas, mientras el doctor Roselli dictaba a David, en el jardín de la casa, sus bellas teo-

rias llenas de fantasía que llamaba a la realidad sumamente distanciada, Roma se dedicaba a su obra de arte.

Una tarde, la labor impuesta por el doctor Roselli a David era inacabable, y su presencia continua. Roma no podía tocar a su obra, pues el alumno del soñador no podía levantar, más que por pura casualidad, la cabeza de las cuartillas. Y la escultora hizo vibrar en el aire su protesta.

—¡Por favor, tío! Deja tranquilo al modelo... El día de su santo quiero poner su busto en el lugar más poético de la montaña.

—¡Déjanos, Roma! Estamos ocupadísimos.

—¡Oh! ¡Siempre idcas filosóficas! ¡El arte es lo único serio que hay en la tierra!

—¡Te quieres callar? ¡A ver si me voy a enfadar!

—Eso faltaría. Si alguien tiene razón de enojarse, soy yo.

Y antes de que ni su tío ni David pudieran evitarlo, Roma puso desorden en los papeles, y manchó algunas cuartillas paseando en ellas sus manos llenas de arcilla.

Contrarióse el doctor Roselli, y para escapar a su censura, salió Roma de su casa, no dudando que pronto la alcanzaría David, para gozar juntos de unos momentos de soledad.

No lejos de su hogar, y en la carretera del pueblo,

vió Roma cómo un hombre brutalizaba a las caballerías que pujaban de un carro atiborrado de paja, por haberse asustado al oír el ruido del motor de un potente automóvil, y las llamadas de la bocina. Los animales se detuvieron, entercándose en no obedecer a su guía que los corría a un lado del camino a fin de que el vehículo tuviera paso suficiente.

El ocupante del coche, barón de Bonelli, dueño de los poéticos caminos y deliciosos panoramas entre los que se hallaba enclavada la casa de Roma, y poseedor, también, de una finca de majestad y maravilla, contemplaba a la joven que discutía con el inhumano carretero.

El bruto pretendía que la razón estaba de su parte, y, agotada su paciencia, Roma se hizo del látigo con que aquél fustigaba a los caballos, y se lo descargó con energía en el cuerpo, para que supiese del dolor que él causaba a las bestias.

Luego, con persuasión, los caballos obedecieron, y cuando el conde de Bonelli pasó en su coche por delante de Roma, sus ojos quedaron asombrados de ver en el rostro de una mujer tan enérgica, el reflejo de una soberana dulzura y belleza.

David, conforme lo previera Roma, se reunía a poco con su amada, y juntos, cogidos del brazo amorosamente, llegaron al pie de una rumorante cascada cuyas aguas se alejaban a ambos lados con frenesí.

Y el idilio prosiguió.

—Te quiero con toda mi alma—le decía David a Roma mirándose en sus ojos encendidos de pasión.

Los labios de ella temblaban.

—Estoy contento de la vida porque la vida me ha prometido a ti—prosiguió David—. Cuando nos casemos...

—Visitaremos siempre estos lugares... porque en ellos fué donde supe tu cariño.

—Sí, mi vida.

Año de 1914... Una mancha de sangre cayó en la historia de Europa.

Clamaba la Prensa italiana contra el proceder de algunos.

Italia, noble, no ha de desamparar a Bélgica y a Francia, sus hermanas latinas. La civilización, la cultura, nos unen. Hemos de empuñar las armas para defender nuestra común historia.

En la ciudad, en las aldeas, en el más recóndito rincón, la voz de guerra sonó estridentemente. El instinto

de defensa predominaba sobre todo. Ancianos, mujeres, doncellas y niños discutían como los hombres vigorosos que iban a empuñar las armas por la defensa de sus fueros atacados.

Y la noticia también llegó al hogar del doctor pacifista, que se llenó de dolor y combatió la monstruosa idea de la matanza en perspectiva.

—¡Nuestros políticos se vuelven locos! ¡Quieren lanzarnos a la más trágica de las aventuras!

Pero David, en cuyo pecho ardía el fuego del patriotismo por encima de todas las teorías, respondió:

—¡Todos los hombres hemos de velar por Bélgica atropellada!

El doctor quedóse mirando, atónito, a su discípulo. Lo propio Roma. Y aquél sentenció:

—¡Cuando hay guerra se ha de imponer la paz por la razón y no atizar más el fuego!

—Mi tío tiene razón, David—intervino Roma.

Mas todo fué inútil. David se mantuvo firme en sus opiniones, contrarias en absoluto a las teorías que le había inculcado su protector pacifista. Y declaró, con convicción:

—¡Si Italia llama a sus hijos, mi deber es acudir!

Roma atacó las palabras de su novio.

—David... No olvides lo que aquí te enseñaron. No mates a quien mal no te hizo.

—Roma... amor mío, cuando la bandera ondea en lo

alto, no detiene a los patriotas ni el amor de una mujer.

El doctor Roselli puso en juego toda su influencia sobre David, esperando de hacerle renunciar a sus ideas bélicas, y por su parte Roma hizo llamamiento a la fuerza de su cariño para retenerlo siempre a su lado.

Mientras las proclamas inflamaban los generosos sentimientos populares, en el mundo de la banca los agiotistas tendían sus redes de riqueza.

En un Consejo de banqueros, el poderoso barón de Bonelli, que lo presidía, declaró:

—Debemos apoyar la guerra. Nuestros almacenes, llenos de existencias, verán consumirse todos los géneros a precios elevados.

Y, unánimemente, era aprobada su proposición.

Llevado de su impulso de amor patrio, David desoyó los consejos del pacifista y las objeciones de Roma, y decidió unirse en Roma a los partidarios de la defensa latina.

Llegó el triste adiós.

El doctor estaba consternado, y enojada en lo más hondo de sí Roma.

La despedida fué amarga y brusca.

—Adiós, Roma... Volveré... por ti...

—¡Quien olvida las ideas del protector, también olvidará los besos del amor primero!

—No, Roma... porque mi amor por ti será eterno.

—Calla, calla...

El doctor, desalentado, abrazó a su discípulo pródigo, y aferróse aún a la esperanza de un buen consejo:

—Contempla el espectáculo de la guerra sin sentar plaza. Vuelve sin manchar de sangre tus manos.

David no contestó. La emoción de la partida le había anudado la garganta.

Y comenzaba a alejarse de aquella casa donde nada le faltó para ser dichoso, cuando Bruno, el buen bohemio, cortando el paso a su querido compañero de miseria de antaño, le dijo, dispuesto a todo:

—Yo no te dejo... A manotazos detendré las balas que a tu pecho se dirijan.

Y, unidos como siempre, ambos dirigieron sus pasos hacia la brillante capital.

En mitad del camino, Roma, contemplándoles, gritó, roto el corazón:

—¡David!... ¡Alma de lobo!... ¡Vete a matar hombres!... ¡Has muerto para el amor!

El no la oyó... no quiso oírla... y, con Bruno, fué camino adelante, un atillo colgando de un hombro, obedeciendo a la voz ancestral de la patria, hacia Roma, la Ciudad Eterna, cuya belleza resiste todos los cataclismos y todas las hecatombes.

A su llegada, y una vez más, en el altivo Capitolio fueron rezadas proclamas de guerra.

—¡Italia acude con su esfuerzo para levantar al ge-

nio latino que, herido, se tambalea en los campos de batalla! ¡Las piedras sagradas de la vieja Roma nos recuerdan nuestro deber! ¡Vamos a la lucha por la libertad de Europa!—tales eran las palabras de un oficial, que arengaba a la muchedumbre apiñada para escucharle.

Y sus frases, cálidas y elocuentes, fueron coronadas estruendosamente con el aplauso de millares de manos, y algunos fanáticos se apoderaron del orador y le pasearon en triunfo por la ciudad.

David, contemplando aquella fiebre de justicia, dijo a Bruno, que también procuraba disuadirle de su empeño de incorporarse en el primer regimiento que marchase al frente:

—Como vagabundo, sin patria conocida, puedo negarme a ir a la guerra. Así Roma, mi amada, tendría mi cariño... pero más que mi amor puede esta tierra en peligro.

Entonces Bruno, que se disculpaba a sí mismo la cobardía de aconsejar a David de renunciar a sentar plaza, tomando por única base su cariño casi paternal, comprendió lo imposible que resultaría hacer renunciar al joven de su noble propósito, y, comulgando en sus mismas ideas, exclamó con fuego:

—¡En la guerra no mueren los valientes! ¡Tú volverás a Roma el pecho florecido de medallas! ¡Tu amada perdonará al vencedor!

Y David, pensando en el regreso con gloria, y en su reconciliación con Roma, sonrió...

Mientras, allá en la tranquila campiña donde vivía el doctor Roselli con su sobrina, ésta paseaba melancólicamente por los lugares en el que el rumor de las aguas de la cascada evocadora rezaba un romance de amor confundido con el llanto de una tragedia.

Absorta en sus meditaciones estaba Roma, cuando fué sorprendida por el barón de Bonelli, que se parapetó detrás de unos arbustos para observarla sin ser visto.

Y el noble vió cómo Roma, tras profunda reflexión, se dirigía a un lugar donde la vegetación era más tupida y agradable, se detenía delante de un busto, lo escudriñaba rencorosamente, y acababa por derribarlo al suelo.

El Barón creyó conveniente aparecer en tan crítico momento, para que sus palabras hicieran la mayor mella posible en Roma.

—Es usted una verdadera artista. Varias veces he contemplado, oculto, su labor, y es una pena que su maestría se pierda escondida.

Roma no demostraba que los halagos del Barón la complacían, pues el recuerdo de David la dominaba en absoluto, y, sin embargo, aquél prosiguió, insinuante:

—Si alguna vez desea estudiar, no olvide que en Roma tiene un protector para su arte.

Roma osó mirar entonces al Barón, y una leve sonrisa asomó a sus labios, de agradecimiento... No obstante, nada indicaba con ello. Pero el astuto aristócrata no se olvidó de apuntar su dirección...

Como era inevitable, la guerra fué declarada por Italia a las potencias enemigas de los hermanos en peligro.

El eco de la trágica nueva llegó al tranquilo hogar del pacifista con esta carta de David:

Perdón... Mi juventud se avergonzaria permaneciendo quieto mientras luchan mis compatriotas. Hoy parto en el regimiento 16 de infantería. No me olvidaré nunca de ustedes.

David.

El golpe fué demasiado rudo para el profesor apóstol de la paz. La deserción de su alumno de sus filas de redención, demostró al maestro que sus teorías eran baldías, que sus continuos desvelos no habían sido más que labrado en campo yermo, que sólo en su espíritu existía el magnífico edificio donde se daban las manos todos los hombres de todas las razas. Y ni tuvo tiempo de llevarse la mano libre al corazón para impedir que explotase de pena ante el desencanto. Murió sin pronunciar más palabras que las que su alma le dictó para apiadarse de los que iban a matar sin saber porqué. Así debía morir: en paz, con la serenidad de un iluminado.

Roma tomó de una mano de su tío la carta de David, y leyóla en silencio, pensando que su viejo dormía.

—¡Ah!—exclamó, después de enterarse de la verdad—. ¡Era indigno de tí, tío! ¡Nos engañó a todos!

Como el doctor no le contestaba, Roma se alarmó, y con inenarrable desesperación reconoció que su único amparo había dejado de existir.

Así cayó una de las primeras víctimas de la furia de las Naciones, mientras sonaban los clarines, heraldos de muerte y de gloria.

III

Pasaron unos días, pocos, los suficientes para vestir de luto a muchas madres.

Decían, los periódicos, en sus notas oficiales:

UN REGIMIENTO ANIQUILADO

En la orden del día se cita el glorioso comportamiento del regimiento 16 de infantería que ha caído ante el enemigo. Entre los oficiales desaparecidos está David Rossi, soldado ayer que por méritos de campaña había sido ascendido en el campo de batalla. ¡Honor a los héroes! Roma se siente orgullosa de tales hijos.

La novia de David se enteró de ello, y, perdida toda esperanza de volverle a ver, y encontrándose espantosamente sola en el mundo y sin recursos, recordó, por

una fuerza misteriosa, el ofrecimiento del barón de Bonelli, a cuya espléndida morada se dirigió, recibiendo la él con los brazos abiertos.

—Señor... no soy nada, pero recuerdo su oferta... Si realmente cree usted que yo tengo talento, quisiera seguir mis estudios de escultura en Roma—dijo ella humildemente.

Dió muestras de satisfacción el noble, y respondió, arrastrando en su optimismo a la interesada:

—¡Italia ha ganado una artista! ¡Yo la bautizo con el nombre de Alma Valonna y me comprometo a construir el pedestal que merece como artista y como mujer!

Y, en efecto, Roma subió rápidamente.

Y pasaron años de angustias. Llegó la paz. Alma Valonna era ya una artista respetada en el mundo de la aristocracia.

Pero el eco del amor cartaba los deliquios de la artista exaltada. La figura de David jamás borróse de su mente, ni la amargura, de su corazón.

—¡Me siento incapaz de crear algo grande! ¡Mi corazón está muerto!—lamentóse la artista ante el Barón, que estaba pendiente de continuo de sus menores deseos para cumplimentarlos.

—Alma Valonna, yo procuraré que Roma se postre a sus pies, que los palacios le abran sus salones. Esa gloria mundana será un estímulo para su labor.

La promesa del noble agradó a la vanidad de la ar-

tista, y para conseguir su realidad pondría el Barón en juego todo su poder.

No le fué muy difícil, ya que tenía buenas armas para lograr que la aristocracia abriese sus brazos a los artistas que empezaban.

Se dirigió a una Marquesa, a la que sabía en situación verdaderamente alarmante.

—Se trata de una verdadera artista. Usted, Marquesa, debe protegerla.

—¡Imposible! Amigo Bonelli, la guerra, a los aristócratas que no somos banqueros como usted, nos ha dejado sin rentas—manifestó la Marquesa, exculpándose.

—Pero los aristócratas que tenemos Banco, sabemos firmar cheques en blanco para que los demás nobles puedan proteger a los artistas que empiezan.

Las condiciones no podían ser más ventajosas. Un buen negocio para la noble dama arruinada. Buena llave es el dinero.

Concertado el convenio, Alma Valonna era presentada a la Marquesa, en cuya casa iba a instalarse, y pronto los más rancios títulos le ofrendarían su homenaje de admiración.

Opuesto a todo esto, tañidos de campanas, voces y risas, lágrimas y efusivos abrazos, daban fe de la llegada de los mozos al poblado después de firmada la paz.

Entre los héroes estaba David, el oficial que fué abandonado como muerto en el campo de batalla. A su lado, su "inseparable": Bruno, a quien las balas habían respetado por su inagotable buen humor. Con decir



Alma Valonua era presentada a la Marquesa, en cuya casa iba a instalarse...

que era la alegría del batallón... Nadie con tanto valor como él para llevar socorro a un compañero en situación angustiosa, y ninguno tan humano cuando la canción de muerte que cantaban los perros dejaba una

estela de sonidos lúgubres y tristes en el campo medrosamente silencioso, pues con sus adivinanzas, sus chistes y sus canciones, combatía los funestos presagios que se apoderaban de sus camaradas.

Las miradas de David se perdían entre los que habían acudido a recibir a los suyos. No encontraba a sus amigos de antaño. El amor no estaba allí.

—¡No me ha perdonado! ¡No quiere verme!—quejóse a Bruno, refiriéndose a Roma, y dando por perdidas todas sus esperanzas.

—No desesperes, muchacho. No quiere verte aquí delante de la gente... Te espera en su casita con un abrazo que va a durar más que la guerra.

—Tal vez tengas razón, Bruno. Voy allá.

—No te sigo ahora. Me llama mi amigazo... Ese... ¡io ves!... es mi providencia... el tabernero... ¡Oh! Nos conocemos mucho... ¡Tenía unas ganas de verle!

Y David, por una parte, y Bruno, por otra, separáronse para encontrarse más tarde.

—¡Hola, Batarelli de mi corazón!—saludó el bohemio a su amigo, estrechándole entre sus brazos.

—¡Dichosos los ojos, mi tremendo parroquiano! ¡Así me gustan los hombres, valientes como tú!

—Y que lo digas. Yo soy un *trigre*, más que un *trigre*. No quieras saber cuántos enemigos he matado. ¡Una barbaridad, chico! Hasta de risa se murió uno por mi causa.

—Cuenta tus hazañas... Aquí, los amigos, se alegrarán de oírte.

—Pues, allá va.

Se hizo el mayor silencio. Bruno, altivo y sereno, empezó sus espeluznantes narraciones. Pintó los horrores de la guerra con vigorosos trazos de artista de brocheta gorda. La emoción se reflejaba en los rostros del auditorio. Todos estaban pendientes de un hilo. El hilo era Bruno, que hacía mover a su antojo a los muñecos que le escuchaban, y que terminó, la vez en grito, de esta manera:

—¡Y pim, pam, pum, maté diez, cien, mil... y así estuve matando gente hasta que desperté de mi horra-bera!

Los oyentes quedaron boquiabiertos. No habían comprendido, antes, el "allá va" de Bruno, cuando se dispuso a contar sus proezas en el campo de batalla. Había soltado, sencillamente, la bola de su fantasía "vinícola".

—¿Qué hacía, entretanto, David?

Lloraba. La soledad en que había encontrado el hogar donde fué tan feliz, significaba para él que todo había sido una falsa ilusión.

—¡Casa de mis sueños! ¡Cuna de mis herederos! ¡Lecho de mi ancianidad!... ¡Todo perdido por la patria!

Y en Roma, Alma Valonna, en el jardín de la noble

y "altruísta" Marquesa, vivía la comedia en la que jugaba su honor.

Una carta llegó a sus manos, a presencia de su protector artístico y de la Marquesa.

Decía así:

El Presidente del Círculo de Cazadores tiene el honor de incluir a usted un cheque de diez mil liras como primer pago de la estatua de Diana de cuya ejecución ha tenido usted a bien encargarse.

Alma dió a leer esa carta al Barón, y éste, compartiendo la dicha que ella experimentaba, le susurró:

—¡Ve, Alma, cómo las más recias puertas se abren para usted!

—Estoy muy contenta, Barón. A no ser por usted y la Marquesa, andaría por esos caminos como una por-dicesra.

—No, Alma; todo lo debe usted a su talento.

Tras de la guerra vino el hambre. Rotos los dignos de la ley, acostumbrados los hombres a matar, al asalto, clavaron sus garras en el corazón de Italia y fueron a la lucha por el pan y la vida que los agiotistas y acaparadores hacían imposible.

Alma Valonna, para olvidar al que no había de volver, se atontaba en las orgías que evocaban el fausto de los antiguos Césares, y que costeaba la generosidad del Barón.

Y mientras el dinero de un mercader de la guerra mantenía el despilfarro de la fiesta, los héroes pedían pan.

David y Bruno detuviéronse, una noche, en su incierto caminar, debajo de las ventanas de la casa de la Marquesa que "protegía" a Alma.

—Heroísmo inútil! ¡He matado la ilusión de mi vida! se lamentaba David para sí.

Bruno, más atento a la apremiante realidad que su amigo, reparó en que en las ventanas de la casa en fiesta había gente—Alma con el Barón y otro noble—, y echó al aire su canción preferida.

*No le digas que le quieres,
Si no le has de querer,
El mentir de las mujeres
A un hombre puede perder.*

Alma escuchó atenta la serenata.

—Esa música me habla de días alegres. Echeles unas monedas, Barón—dijo a éste, recordando tristemente los tiempos felices en que el amor aromaba su vida.

Y para sostener la gloria de las cruces que brillaban en el pecho de David, unos discos de plata cayeron al suelo.

—¡Eh, David! Mira... Ya tenemos para darnos hoy un banquete.

Al terminar la fiesta, Alma retiróse a descansar.

El Barón quedó rezagado en la casa, y pretendió que Alma le concediese unas horas más para él solo. El

champaña había dado bríos al desinteresado protector para asediar un poco la plaza.

Pero Alma puso de por medio el obstáculo indomable de su voluntad, y, hábilmente, desplegó el juego de



Alma Valenza, para olvidar al que no había de volver, se aturdebía en las orgías que evocaban el fausto de los antiguos Césares...

su picardía para desarmar al noble.

—Yo soy como mis obras. No tengo corazón.

—Pero, Alma... ¿Por qué se muestra usted tan esquiva conmigo?

—¡Ah! Yo sólo vivo para mi arte.

Y así, el Barón seguía esperando la hora de su triunfo sobre la artista, muñeca de arte, muñeca codiciada. Transcurrieron nuevos días, y las algaradas calleje-



Yo soy como mis obras. No tengo corazón.

ras de los sin pan y sin trabajo llevaron a la cárcel a dos ex combatientes: David y Bruno, y el primero, calenturiento ante tanta injusticia, alzaba sus ojos al cielo buscando las divinas palabras: PAZ Y LIBERTAD.

—¡Honor! ¡Deber! ¡Patriotismo!... ¿Dónde está la verdad?

Y en medio de sus amarguras siempre surgía la figura adorada de la mujer que creía perdida para siempre, y que era norte de su vida.

Para imponer la paz dentro de las fronteras creóse en Italia el haz de los patriotas: el fascismo.

Fué su inspirador un hombre todo energía: Mussolini.

En las filas de la nueva fuerza nacional figuraron los antiguos soldados.

Y, el brazo en alto, como los gladiadores ante el César, juraron defender la unidad y la paz de Italia.

Grupos de jóvenes del nuevo partido llamaban a su seno a los ciudadanos, lanzando a todos este consejo:

Labora siempre por la paz y la grandeza de tu patria.

Los fascistas eran los soldados de un ejército civil, expresión de la nación en armas.

Pronto el entusiasmo de David llamó la atención de los subjesos del movimiento, y recibió el honor de un importante nombramiento en las oficinas del fascio.

—Su espíritu de justicia le hace inapreciable para informar en las cuestiones de Prensa—le dijeron, y ofreciéronle esa plaza.

Tan pronto tomó posesión de su cargo, David dijo a su gente:

—Camaradas... Os suplico vigiléis al caballero Bonelli. Es un peligroso agiotista que maneja a su antojo,

merced a la traición de un falso revolucionario, a nuestros enemigos.

Y Bonelli se dió prisa en enviar un emisario suyo a visitar a David, para precaver sus probables ataques,



—...Bonelli tiene dinero para todo... Quien tiene dinero tiene periódicos; quien tiene periódicos tiene opinión,

y Bruno, que se quedó con su amigo como ordenanza, no perdió de vista al desconocido, tipo inspirador de poca confianza.

—Vengo a saber si somos amigos o enemigos. Yo soy

revolucionario, pero puedo hacer la revolución. Bonelli tiene dinero para todo. Quien tiene dinero tiene periódicos; quien tiene periódicos tiene opinión—dijo el visitante echando mano a una cartera, significando con tal gesto que estaba dispuesto, por orden del Barón—que tenía muchas cosas que ocultar a la pública curiosidad—, a entregar la suma necesaria a cambio de un prudente silencio por parte de David.

Sin atemorizarse por el aspecto amenazador del desconocido, el consciente funcionario de la guardia de la paz, respondió:

—Dile a Bonelli que todo el dinero que ha adquirido con la sangre de su patria, no basta para comprar a un patriota.

El enviado parecía decidido a apelar a los puños para hacer valer los derechos de Bonelli, pero Bruno, que se había apoderado discretamente de un fusil, le puso a raya y se encargó de arrojarla a puntapiés, bariendo encima de él un montón de papeles y todo el polvo que había acumulado un poco antes a la puerta del despacho de David.

El día de la presentación de la citada obra de la consagrada artista, el propio David, se unió a sus camaradas que vigilaban al magnate de las finanzas; asistió a la llegada de la obra, y dijo a aquéllos, para justificar lo que se proponía hacer:

El día de la presentación de la citada obra de la consagrada artista, el propio David, se unió a sus camaradas que vigilaban al magnate de las finanzas; asistió a la llegada de la obra, y dijo a aquéllos, para justificar lo que se proponía hacer:



Inspirada por el recuerdo de David, la genial Alma Valonza había terminado una obra que iba a ser expuesta a la admiración de la aristocracia romana.

En el corazón de la artista no había más que el recuerdo de un hombre.

Frente al palacio del agiotista siempre había un retén de la nueva guardia nacional.

El día de la presentación de la citada obra de la consagrada artista, el propio David, se unió a sus camaradas que vigilaban al magnate de las finanzas; asistió a la llegada de la obra, y dijo a aquéllos, para justificar lo que se proponía hacer:

—Ese Bonelli y su amante, una tal Alma Valonna, se ríen de nuestra guerra pasada y hacen muñecos de yeso con nuestras gestas de sangre. ¡Abajo la farsa!

Y dejándose llevar de su exaltación, David destrozó



... pero Bruno, que se había apoderado discretamente de un fusil, le puso a raya y se encargó de arrojarlo.

lo que era calificado de obra maestra, la obra que, según la artista, tenía corazón porque había sido ejecutada pensando en el amor.

Nadie se atrevió a discutir la acción del fascista, y

en tan culminante momento Alma reconoció, desde el balcón de la casa de Bonelli, a David.

—¡Es él!... ¡Vive y es mi enemigo!—dijo ella, ahogando un grito desgarrador en su garganta.



Inspirada por el recuerdo de David, la genial Alma Valonna había terminado una obra que iba a ser expuesta a la admiración de la aristocracia romana.

—Las obras de la amante de un acaparador son un insulto para nuestros héroes—añadió David, después de destrozarse la de Alma.

Esas palabras comprometedoras cundieron por los in-

vitados del Barón como reguero de pólvora, y ante el escándalo quedaron vacíos los salones.

—Siempre sospechamos algo de esa protección *desinteresada*... pero ahora que el escándalo en público no podemos volver por aquí—se decían unos a otros, para martirio de Alma.

Más tarde, a solas el Barón y su protegida en el terreno del arte, aquél, lleno de odio, prometió a Alma:

—¡Ese hombre pagará la humillación que a los dos nos ha hecho sufrir!

Por si la artista no tuviera ya la seguridad de que la mancha de la deshonra había caído infamemente sobre ella, que era inocente, el hecho de no acudir nadie a la comida que había preparado para el siguiente día, fué una prueba irrefutable de la importancia del escándalo de la víspera.

Además, la Prensa, haciéndose eco de los sucesos, publicó en gruesos caracteres:

DESTRUCCION DE UNA OBRA DE ALMA VALONNA

Por su pública amistad con un conocido banquero, cuya fortuna aumentó considerablemente durante la guerra, parece ser que los grupos fascistas han decretado la destrucción de las obras de la artista Alma Valonna, más famosa por su belleza y su vida fastuosa que por sus méritos de escultora.

David leyó apesadumado esa noticia, y hubo de lamentarse:

—Es doloroso atacar a una mujer, pero a Bonelli le hemos de herir en cuanto estime.

Y cuando menos podía esperar que el cielo iba a enviarle la dicha de volver a encontrar en su camino a Roma, su amada de siempre, ésta, a quien él no conocía bajo el nombre artístico de Alma Valonna, se presentó en la oficina.

Bruno creyó soñar al encontrarse frente a frente con su antigua amiguita, y fué tal su alegría que, sin tener en cuenta que la niña se había transformado en una mujer de espléndida belleza, levantó en sus brazos y besóla cariñosamente en ambas mejillas.

David estaba en una pieza inmediata cuando llegó Alma, y su sorpresa fué aun mayor que la de Bruno al verla en su despacho cuando regresó a él.

Bruno, que tenía sus ratos de prudencia, dejó solos a los antiguos novios.

—¿Tú, Roma? ¿Eres tú?—preguntó, desconcertado, David.

—Sí... ¿Soy yo... yo... tu pequeña Roma de ayer... la famosa Alma Valonna de hoy, que viene a defender su honra!

—¿Qué dices, Roma? ¿Tú, Alma Valonna? ¡Calla, calla!

—¡Sí, soy la mujer a la que habéis difamado!

—¡Eso es mentira! ¡Di que es falso, Roma!

—¡Por qué no te acercaste a mí para conocerme?...
¿Quién osó decir que soy la amante de ese hombre?
¡La guerra te ha endurecido el corazón! ¡Ya sabes ma-



—¡Soy yo... yo... tu pequeña Roma de ayer... la famosa Alina Valonina de hoy, que viene a defender su honra!

tar! ¡Ya sabes cómo se deshonra ante la ciudad el nombre de una mujer!

—¡Roma!... ¡Mi Roma!... ¡No! ¡Tú no puedes ser esa mujer de escándalo!

—¡Lo soy! ¡Esa obra por ti destruida la concebí basada por tu recuerdo, por los dolores que en la guerra sufriste! ¡Durante cinco años he vestido luto por ti! Todos creían en tu muerte. Yo no pude dejar de quererte.

—¡Oh, Roma!

—¿Cómo pudiste decir lo que has dicho de una mujer sin saber la verdad?... ¡Qué locos y qué malvados os vuelve el poder a los hombres!

—Roma... no sigas... Di la verdad... ¿Qué es ese hombre para ti? ¿Cómo pudiste llegar a ser lo que hoy eres?... ¿No hablas? ¡Dices que te ofende!... ¡Aparta, mujer tentación!... ¡Eres la falsa enamorada que me quiso retener a su lado!... ¡No concibes más que el lujo, el placer, tu comodidad!... ¡Ese hombre es el que te ha comprado!

—¡No, David!

Pero el obcecado joven, que con tanta unción había recordado siempre a su adorada Roma, no podía volverse atrás de un paso dictado por la cólera del brutal y falso desengaño: apartó a la inocente de sí y arrojóla sin compasión al suelo.

Roma, comprendiendo, a pesar de todo, su error aceptando una protección que se prestaba llanamente a la maledicencia, suplicó piedad a David, perdonándose todo.

—¡Mátame y dejaré de sufrir!... ¡He sido frívola,

loca, extravagante!... ¡He cometido mil locuras para olvidarte!... ¡Pero he sido fiel a tu recuerdo!

—¡Dios mío, Dios mío, qué horrible es esto!

—¡Créeme, David, tú eres mi único amor! ¡Puedes



—¡Mátame y dejaré de sufrir!... ¡He sido frívola, loca, extravagante!

mirarme a los ojos como antaño! ¡Sólo tuyo ha de ser mi cuerpo y mi alma!

David desahogó su pecho en profundos suspiros y necesitando creer, creyó.

—¡Oh, mi vida! ¡No, tú no mientes! ¡Tú no puedes mentir!

Y los brazos que antes despreciaban a la inocente con apariencia de culpa, se volvieron acogedores, y en ellos se estrechó, como resguardándose de un peligro, la pobre Roma; y el amor, surgiendo esplendente a través de todas las miserias, hizo el milagro de juntar de nuevo los labios de los antiguos enamorados.

El amor borró instantáneamente el tiempo, y el idilio fué reanudado.

—Bendito sea el dolor que puede ser recordado durante la felicidad! —murmuró Roma, acariciando a David.

VI

Desde aquel día, Roma y David se vieron lo más posible, y el Barón, que tuvo noticia de ello, llamó al orden a su protegida.

—Alma, creo tener derecho a exigir un poco más de respeto para el hombre que paga sus trajes, su casa, sus riquezas.

—¿Qué quieren decir esas palabras, Barón?

—Que es usted demasiado cara para no obtener de usted ninguna compensación... que yo pagué su estancia en el palacio de la Marquesa, que mis agentes le compraron, una por una, todas sus obras... que cuanto usted ha producido yo lo tengo en mis sótanos, entre los trastos viejos... y no puedo tolerar esa pasión por el soldado resucitado.

La amarga realidad no hizo flaquear a Roma. Al contrario, adquirió en aquel momento más fuerzas para

romper con un pasado del que se avergonzaba con horror.

—¡Ese hombre es mi renacer, mi vida, mi esperanza, y todo lo sacrificaría por su felicidad! — replicó



...hizo el milagro de juntar de nuevo los labios de los antiguos enamorados.

enérgica a Bonelli.

Indignése el noble, y sus labios, al tiempo de marcharse alteradísimo, pronunciaron una amenaza que hizo estremecer a Roma:

—Ese hombre no volverá a oponerse en mi camino.

Desde aquel momento, Alma Valonua buscó la manera de dignificarse para devolver al mal caballero las riquezas con las que había querido comprar su belleza,



—¿Bendito sea el dolor que puede ser recordado durante la felicidad!

y como una recompensa a su excelente idea, David le mandó por Bruno una carta con el siguiente aviso y promesa de amor:

El ejército fascista avanza sobre Roma. El fin del

enemigo se acerca. Mañana nos reunimos en el Coliseo. Pronto, vencedor, seré tuyo. David.

Por el mismo conducto, Roma, transportada de alegría, escribió a David:

Que el Dios de la victoria te acompañe. Vencido o victorioso, seré siempre tuya. Roma.

Al salir Bruno de casa de Roma, el Barón se cruzó con él, y comprendiendo que su protegida había recibido carta de su amado, dirigióse el noble en busca de ella para concretar de una vez su situación, dispuesto, desde luego, a quedarse a toda costa con la codiciada muñeca.

—¿Qué vino a hacer aquí ese hombre?

Eso sólo me incumbe a mí, Barón—respondió ella.

No dijo más. Favorecida en la altivez de su pureza, Roma salió del aposento en donde el noble la había encontrado.

Pero la carta que recibiera Roma de David quedó allí, y de ella apoderóse el Barón, confiando sacar partido de la noticia.

Poco después, el jefe de los sicarios del acaparador sin conciencia, se entrevistaba con él.

—Lee este papel. Si logras caer con unos cuantos hombres sobre esos incautos que se reúnen en el Coliseo, el Gobierno sabrá premiar tu trabajo.

—Cuenta conmigo.

—A ese David hay que quitarle de enmedio. Es hom-

bre peligroso que resiste el soborno, como ya sabes.

Así quedó convenido, y al día siguiente, mientras en el Coliseo esperaban los fascistas que debían proteger la entrada en Roma del ejército de Mussolini, Alma Valonna, dispuesta a romper en absoluto con el Barón, anunció la venta en subasta de todos sus muebles, reuniéndose en su casa buen número de compradores.

He aquí los muebles que conservan el perfume de la más deliciosa de las mujeres—dijo el subastador para dar más valor al objeto de la venta.

El Barón llegó a la casa en el momento en que la subasta obtenía el mejor resultado, y fué tal el enojo que le produjo la decisión, ignorada por él, de Alma, que expulsó a todos los compradores, prefiriendo de nuestros y amenazando a todos.

Luego, enfrentándose con ella, hamillóse para que no le abandonase.

—Alma. Si ambicionas el poder yo te juro llegar a los más altos cargos... Por ti venceré a esos locos que quieren mandar en Italia. Serás mi mujer... Serás la esposa del hombre que puede llegar a dictador de Italia si tú lo deseas.

—¡Déjame!... ¡No me compró tu oro!... ¡No me vencerán tus ofertas!... ¡No quiero saber más de ti!

—¡Está bien! ¡Te dejo! ¡Pero tu amor no saldrá vivo de la reunión de esta noche! ¡Tú lo has sentido!

—¡Oh! ¡Tú no harás eso!

Pero el Barón cerró tras de sí, violentamente, la puerta de la habitación en donde hablara con Alma, y ésta, apresuradamente, llamó al teléfono a su amado para ponerle sobre aviso.

—Ven a casa antes de ir al Coliseo. Va en ello tu vida.

Roma pensó que nadie había sorprendido su conversación, mas se equivocaba: el Barón, astutamente, había aplicado el oído a la cerradura de la puerta, y sabría obrar en consecuencia...

esperaban en el Coliseo. David se entrevistaba con Roma.

—¡No vayas al Coliseo!... ¡Deja esa política que va a matarte!—le imploró ella temiendo por su muerte.



—...¿No me compró tu oro?... ¡No, me venderán tus ofertas!... ¡No quiero saber más de ti!

No puedo. Se juega la última partida. Hoy, después de tantos sacrificios, sentaría plaza de cobarde.

Y se acercaba la muerte.

Pero las fuerzas del Rey contestaron a los provocadores.

VII

El sicario del acaparador recibió este aviso:

David está en casa de Alma Valonna. Es preciso que no salga de allí.

Y la traición empezó su obra.

Los hombres reclutados por el esbirro al servicio de Bonelli se congregaron en las antiguas termas romanas, dispuestos a sorprender a los jóvenes fascistas.

—En este momento David Rossi cae en nuestro poder en casa de Alma Valonna. ¡Con su muerte nuestra causa estará ganada!—dijéronle a los cómplices, para que tuvieran confianza en la victoria, a fin de que luchasen con fe.

En aquellos momentos, mientras sus partidarios le

Y cuando David se disponía a salir de casa de su amada, presentóse ante él el Barón, quien, soltando una ruidosa carcajada, exclamó:

—Gracias, Alma... Le has hecho caer en la ratonera. Esto vale por la mejor de tus obras.

—¿Eh?... ¿Qué dice este hombre?

Aterrada, Alma comprendió la maldad del noble, y la sorpresa ató su lengua.

—Has luchado contra mí... y la has humillado a ella... Por eso los dos hemos buscado el momento de que nos liquides esa cuenta—prosiguió Bonelli.

David se abalanzó al Barón, y en presencia de Roma, que estaba aterrada, lucharon como fieras.

Fué, la suya, lucha de hombres que se disputan el poder, el amor, la riqueza, los talismanes de la vida.

Y quedó en tierra el cuerpo del miserable acaparador.

Desfigurado, David, incurriendo en el fatal error de la complicidad de Roma en la venganza del Barón, la apostrofó duramente, prefiriendo el desprecio a suprimirla como algo inmundito.

—Roma. El creer en ti me cuesta mi honor. Me esperaban y, tal vez, a estas horas me acusen de traidor... Gracias.

—¡David!

—¡Aparta!... ¡Me engañaste! ¡Eres la mujer de siempre!

—¡No, David!... ¡Soy tuya!... ¡Soy inocente!

Pero un asesino—el sicario del Barón—acechaba, y apoderándose a traición de David, luchó con él y lo arrojó por un balcón de la casa al jardín de la misma,



David se abalanzó al Barón, y en presencia de Roma, que estaba aterrada, lucharon como fieras.

huyendo, al propio tiempo, el miserable, por llegar la justicia a la casa, descubriendo el crimen perpetrado en la persona del Barón.

Alma fué detenida como autora del asesinato, y a poco, David, recobrándose de la conmoción que sufrió

al caer desde, afortunadamente, escasa altura, se precipitaba hacia el Coliseo, consiguiendo reunirse con sus compañeros, cuando, por un lado, Alma se confesaba, por sacrificio, autora de la muerte del Barón, y, por



Fué, la suya, lucha de hombres que se disputan el poder, el amor, la riqueza, los talismanes de la vida.

otro, Bruno defendía el honor de David afirmando a todos los partidarios reunidos en el Coliseo, que él no podía faltar a su palabra.

Y, al aparecer David, sonó una salva estruendosa de aplausos.

Arengó el noble joven a las masas, y más tarde, en las calles de Roma luchaba la juventud ardorosa por la paz.

Bruno cayó en la contienda, deteniéndose David para



Alma fué detenida como autora del asesinato.

auxiliarle. Fué inútil todo intento de socorro. El genio bohemio sentía que la muerte hacía presa irresistible en él. No le apenaba desaparecer. Sólo le afligía el disgusto que iba a causarle a su único cariño del mundo, su buen David. Le asió las manos, esforzose por sonreír una vez más, y le dijo:

—Ha llegado mi hora, hijo mío. Sigue mi ejemplo... Nunca he guerreado por el dinero... Viví en la calle. Muero en la calle... Es mi mejor gloria.

Y luego, mientras los cuerpo a cuerpo se sucedían



Y el fascista hizo protestas de la inocencia de ella.

en la calle, Bruno, como luz que se apaga, trató de escapar a la garra de la Invisible, una, dos, tres veces... Y ya no contó enatro.

David comprendió que con su buen amigo perdía algo que era legítimamente muy suyo, y besó en el rostro, con cariño de hijo, a aquel hombre que se hubiera

hecho matar por su dicha; condujo su cadáver a la oficina del fascio, y, cumplido su deber, acudió al tribunal ante el que sabía que Alma Valonna, en Roma, se había acusado de un crimen que no había cometido.



...y, lleno de agradecimiento, arrojóse a sus pies, besó sus ropas, y quiso arrancarla de las garras a que ella se había entregado voluntariamente.

David llegó a presencia de los jueces, en el instante en que éstos sometían a interrogatorio a la acusada convicta y confesa.

Y el fascista hizo protestas de la inocencia de ella.

—No—afirmó ella—. Yo soy la culpable. Ese hombre está enamorado de mí, y pretende salvarme, pero yo no puedo consentirlo.

David accedió a su amada, y oyó que ella le decía, secretamente, perlándosele los ojos:

—Me declaré culpable en mi casa, cuando me encontraron junto al cadáver del Barón, porque así comprenderás que no quise hacerte traición.

David vio, entonces, en toda su importancia, la injusticia que había cometido con Roma tratándola tan a la ligera, y, llena de agradecimiento, arrojándose a sus pies, besó sus ropas, y quiso arrancarla de las garras a que ella se había entregado voluntariamente, acusándose a sí propio, como en verdad le correspondía:

—¡Jueces!... ¡Yo di muerte al barón de Bonelli!
¡Por mi honor lo juro!

El tribunal dió crédito a la categórica declaración de David, y mientras éste, noble luchador, quedó en poder de los jueces, Roma vio cómo el ejército civil llegó a las puertas de la Ciudad Eterna y rindió homenaje al Rey que supo permanecer digno en su trono durante las épocas turbulentas y las auroras prometedoras, aconsejado por Mussolini, el hombre de buena voluntad lleno de fe en los destinos de su patria.

Y el tiempo pasó y puso paz en las almas.

Y cuando los trámites de justicia dejaron libre al que había matado por odio político, se apagó la estrella de la fatalidad, y la poesía que envuelve a la Ciudad Eterna aureoló la vida de los amantes.

—Roma de mis anhelos, una nueva vida empieza para nosotros. Que el recuerdo del pasado sea para nosotros un estímulo para querernos tanto, que podamos recuperar lo perdido. Tú eres mi vida. De no haberme guiado tu amor, el día en que Bruno murió a mis brazos me hubiera hecho matar, para no separarme de él.

—David, yo te quiero siempre a mi lado. Bello es sufrir cuando al final se halla la recompensa de un cariño como el tuyo.

Y se oyó el prolongado rumor de unos besos.

FIN

COMPRE USTED EL 20 DE OCTUBRE
EL TERCER NÚMERO DE

la gran
revista

AYER Y HOY

INTERESANTE SUMARIO

76 PAGINAS

40 CÉNTIMOS

Títulos de los libros
publicados en la
Biblioteca Femenina

DE
LA NOVELA FILM

La Mendiga de San Sulpicio

de Xavier Montépin

La Madona de las Rosas

de Jacinto Benavente

Los Diez Mandamientos

de Cecil D. de Mille

Honrarás a tu Madre

por Mary Carr

Los Hijos de París o la Novela de una Obrero

de León Szale

El Hijo del mercado

por Gabriel Signoret

La Canción de la Huérfana

de X. de Montépin

Precio: UNA PESETA

**Al caer las cadenas
El León de Mongolia
La Ciudad Eterna**

Precio: 50 Cts.

LA NOVELA FILM

Publicación semanal de argumentos de películas
SALIDA FIJA TODOS LOS MARTES

Números corrientes, 30 Cts. — Especiales, 50 Cts.

NÚMEROS PUBLICADOS

Núm. 1. Los Grupos o Gente brava.—2. Las dos riquezas.—3. Vanidad Femenina.—4. Los cuatro fines del apocalipsis.—5. Las esposas de los hombres ricos.—6. Dering, El Negro.—7. Un poder del enemigo.—8. Heliotropo.—9. Corazón triunfante.—10. Por la puerta de servicio.—11. Murmuración.—12. El indomado.—13. Cómo aman las mujeres.—14. La fuga de la novia.—15. Por salvar a su madre.—16. Juguetes del destino.—17. El saldo pendiente.—18. Los Miserables (Especial).—19. De florista a millonaria.—20. El Crimen del Milletiers Palais.—21. La coqueta irresistible.—22. El sacro profesional.—23. De cara a la muerte.—24. Valiente lana de miel.—25. El canto del amor triunfante.—26. El Detective.—27. El martirio del vivir.—28. Odette (Especial).—29. Al borde del abismo.—30. El milagro de Lourdes.—31. El caballo de carreras.—32. Su Señor y dueño.—33. La Madecita.—34. La Pimpinela Escarlata.—35. Gorrón de ciudad.—36. La Novela de una estrella de cine.—37. La Huida de Homero (Especial).—38. Soy inocente.—39. La Alegría del Baile.—40. La pupeta de empuje.—41. El eterno Don Juan.—42. Los mártires del arroyo.—43. Fanny, la vida romántica.—44. El Fin Patencia.—45. Locura, Impiety y Abandono.—46. La edad de la ambición.—47. La aventura del velo.—48. Almas divorciadas.—49. Pasión de amor.—50. Por orden de la Pompadour.—51. La destrucción de París (Especial).—52. ¡No más Mujeres!—53. Un hombre de ideas.—54. La última carrera.—55. Un caso original.—56. El niño de Köntzmark.—57. Un reporter modelo.—58. Un marido de ocasión.—59. Los extravíos del interior.—60. Lecciones de la vida.—61. Los Parados Artificiales.—62. La Cruz de la Humanidad.—63. La Moderna Garçonne (Especial).—64. Obsesión de un sabio.—65. Sin un pelo de tonto.—66. Dichosa lineral.—67. ¡Si ya tubiera madre!—68. Un buen ingeniero.—69. Un modesto que es muy listo.—70. ¡Hax bien!—71. El hombre de la montaña.—72. El alegre Benjamín.—73. Quen siempre viento.—74. La Perla de la Alda.—75. La Ballarina del "Folies".—76. La Princesita Ruba.—77. Herencia Fatal.

POSTALES REGALO

Núm. 1, El joven Medardus.—2, El Prisionero de Zenda.—3, La Búsqueda.—4, Los enemigos de la mujer.—5, Violetas Imperiales.—6, Mary Pickford.—7, Thomas Mangan.—8, Rebel Daniels.—9, Douglas Mac Lean.—10, Ethel Clayton.—11, Charles Ray.—12, Vivian Martin.—13, Roscoe Arbuckle (Patty).—14, Edid Bennett.—15, Wallace Reid.—16, Lucienne Legrand.—17, William S. Hart.—18, Mary Miles Minter.—19, Dustin Farnum.—20, Hades Love.—21, Ramón Navarro.—22, Nabel Normand.—23, Herbert Rawlinson.—24, Luis Wilson.—25, Antonio Moreno.—26, Pearl White (Perla blanca).—27, William Farnum.—28, Dorothy Phillips.—29, Georges Bizet.—30, Agnes Ayres.—31, Douglas Fairbanks.—32, Constance Talmadge.—33, Rodolfo Valentino.—34, Shirley Mason.—35, J. Warren Kerrigan.—36, Pauline Frederick.—37, Monte Blue.—38, Pola Negri.—39, Jackie Coogan.—40, Mary Carr.—41, Victor Varvogl.—42, Lillian Gish.—43, Alberto Capucci.—44, Eva May.—45, Tom Mix.—46, Gloria Swanson.—47, Harry Gacey (Cayena).—48, Geraldine Farrar.—49, Larry Semon (Tomatin).—50, Leatrice Joy.—51, Charles Jones.—52, Irene Castle.—53, Alberto Colla.—54, Régine Dumlen.—55, Jack Holt.—56, Norma Talmadge.—57, Reginald Denny.—58, June Caprice.—59, Livio Pavanello.—60, Ruth Roland.—61, Tom Moore.—62, Max Mac Avoy.—63, Eddie Polo.—64, Nita Naldi.—65, William Russell.—66, Alice Terry.—67, Frank Mayo.—68, Allison Pringle.—69, George O'Brien.—70, Baby Peggy.—71, Owen Moore.—72, Betty Compson.—73, Hoot Gibson.—74, Lillian Rich.—75, Conzad Nagel.—76, Louise Lovels.—77, Harold Lloyd (El).